El Brezal de Masegosa

Emilio Guadalajara

Es frecuente en geografía hallar toponimia relacionada con la ecología propia de una zona y El Brezal es buen ejemplo de ello. Claro está que tales nombres tendrían mucho que ver con la abundancia o incluso excepcionalidad de una planta en concreto. El brezo tan abundante en otras zonas, es en este «Brezal» de Masegosa una planta no extendida por toda el área.

Estudiando el biotopo puede afirmarse que se dan las condiciones propicias para la abundancia del brezo, entre ellas un suelo ácido proveniente de la descomposición de las cuarcitas que en la zona se conocen con el topónimo de «Guijos». Es más, en Cueva del Hierro existe una calle con el nombre de «El Guijarral».

De esas excepcionalidades tratará el siguiente texto, que hacen a la zona merecedora de una protección especial.

Hace años, coincidiendo con el nombramiento de Monumento Natural de Muela Pinilla y El Puntal (D.O.C.M nº 143 de 6 de octubre de 2.003), se dio a conocer un nombre científico complicado de pronunciar y aún más de descifrar: steropleurus ortegai. Vulgarmente se le conoce como «chicharra» por la costumbre de emitir un sonido estridente cuando se siente acosado. Ahora bien, nada tiene que ver ese animal con las cigarras, ya que sus parientes más próximos son los saltamontes, grillos y langostas, que forman parte del orden de ortópteros, o de «alas en escuadra» respecto al eje longitudinal de su cuerpo. En cualquier caso guardan grandes diferencias morfológicas; de una parte la «chicharra de Ortega» (a partir de este momento se adoptará esa terminología para poder entenderse) carece de alas voladoras. Mejor dicho, sus apéndices alares se han transformado en estructuras fonadoras y de ahí el nombre científico steropleurus: stero (compacto) + pleurus (membrana). Posiblemente las sucesivas mutaciones sufridas por la especie han ido seleccionando individuos hasta llegar a esa transformación de las membranosas alas en retorcidos escudos duros que conforman los órganos vibradores y caja de resonancia.

Steropleurus ortegai. Chicharra.

El tercer par de patas parece que se volvió flácido, perdiendo las posibilidades de salto. En cambio las patas desarrollaron, si cabe, unos garfios para trepar y asirse firmemente a ramas o piedras.

Sin alas y sin resortes saltadores las «chicharras de Ortega» difícilmente escaparían a los posibles depredadores, a no ser que utilicen otros métodos. Así, el pasar desapercibida ha sido su lógica opción. Su camuflaje y ralentizados movimientos son argumentos ideales cuando de supervivencia se trata.

Excepcionalmente desarrollados tiene otros órganos. Sus antenas, con más longitud si cabe que su cuerpo, le servirán para recoger todo tipo de estímulos olfativos, gustativos y táctiles. Al ser animales solitarios, la única forma de aparearse es buscar olores (feromonas) a kilómetros de distancia e intentar una lenta pero segura aproximación.

Las hembras han desarrollado un largo oviscapto, es decir, un apéndice al final del abdomen cuya misión es la puesta de huevos. Ese sable le permite hurgar en la tierra y depositar sus huevos fecundados en las profundidades del subsuelo, a salvo siempre de otros animales.

Una última costumbre le garantiza su éxito y tiene que ver con su aclimatación al frío. Diríase que su obligado letargo invernal se reduce casi a días, ya que en las mañanas soleadas de pleno invierno, todavía con escarcha y retazos de nieve, las «chicharras de Ortega» deambulan por los bosques de la Serranía buscando algo para alimentarse. En su dieta puede caber cualquier cosa, desde un brote reblandecido hasta un parco liquen.

Al parecer, dicen los científicos que esas «chicharras» son un endemismo del Parque Natural del Alto Tajo y sus alrededores. Eso significa que difícilmente pueden verse en otros lugares del mundo que no sean El Brezal y Montes Universales.

Digitalis purpurea. Digitalia.

Si sorprendente resulta ese cotidiano animal, otra buena sorpresa tiene que ver con la flora. La digital roja, propia de ambientes galaicos y cantábricos, ha encontrado un hueco en estos parajes. Pero lo más excepcional es que no parece permanente. Hay años, y este verano lo confirma, que no nacen las digitales. Cierto es que su nicho ecológico se restringe a las zonas más húmedas de las mismas riberas del río Chico y algún afluente suyo. Sería necesario estudiar en profundidad esta periodicidad en la germinación para relacionarla con la meteorología o incluso con la aparición esporádica de ciertas plagas que podrían acabar con ella. La experiencia misma puede confirmar esa conjetura, pues en otros veranos pasados la digital roja se mostraba frondosa y bien desarrollada.

De esta planta cabe decir que es el paradigma de las enfermedades coronarias. Desde Dioscórides a nuestros días se alaban sus virtudes medicinales y sus indicaciones terapéuticas para combatir especialmente los fuertes dolores de infarto y angina de pecho. Se conoce como digital (en gallego «cloques») porque las flores tienen un aspecto de dedales, caídos hacia abajo. Eso preserva de la humedad a sus órganos fértiles. Ese dedal no es otra cosa que un único pétalo replegado sobre sí mismo y soldado. Sin embargo cierta parte de ese pétalo, la distal de la soldadura, sobresale bastante, lo que le con-

fiere el aspecto de un estandarte, cuyo dibujo a base de ocelos rojos tienen la misión lógica de atraer a los insectos polinizadores. Cabría incluso plantearse la especificidad del insecto pues la red pilosa, la posición invertida o el estrecho trayecto hacia los estambres y gineceo impide el acceso a cualquier insecto libador.

Esas flores en el extremo del vástago no maduran al mismo tiempo. Es posible observar en la misma planta que las más viejas e inferiores ya han fructificado, las del medio en plena apertura y las superiores aún en botón. Esa circunstancia apunta a que la floración puede prolongarse por varias semanas, por lo que se trata de una forma de asegurarse la fecundidad, dependiendo de la variabilidad meteorológica.

Oruga del género argynnis.

En los primeros días de verano «real» (bien entrado julio) un ejército de mariposas se agrupa en el barro de los charcos a punto de secarse definitivamente en los rigores de agosto. Algunas de ellas, del género Argynnis se hallan exhibiendo sus adornos alares como parada nupcial. Todavía es posible apreciar algunas orugas en su penúltima fase y a punto ya de crisalidar. Si bellas son las adultas, no menos vistosas son esas orugas. Puede que haya que recurrir a explicaciones fanéricas, pero quizá su cromatismo se deba justo a lo contrario: aposematismo. Es posible que esa exhibición cromática no sea sino una llamada de atención por acumulaciones cutáneas de venenos, sustancias amargas o de imposible digestión por las duras y puntiagudas sedas…

Pliegue en anticlinal

Si en lugar de verano El Brezal fuese visitado en invierno, siempre queda el recurso de la fotografía a la geología. Si difícil es comprender lo que es un pliegue en anticlinal fuera del dibujo de un libro, menos aún una sucesión de los mismos. En la hoz del río Chico, a no más de dos kilómetros desde el cruce con la carretera principal Masegosa-Vega del Codorno, sorprenderá un episodio orogénico excepcional. Hasta cuatro anticlinales seguidos pueden observarse en no más de veinte metros. Dichos pliegues, capaces de contonear las duras cuarcitas, han llegado al límite absoluto, no pueden plegarse más. Tal ha sido la fuerza para ello y tales las presiones que las areniscas originales han acabado por metamorfizarse, es decir, cambiar totalmente de estructura y composición. Tienen el aspecto negruzco, casi salidos del horno: esas son las consecuencias del metamorfismo transformador.

Si en lugar de invierno es la otoñada y si el tiempo lo favorece, los amantes de la micología hacen sus delicias en las inmediaciones al cruce de Peralejos de las Truchas. Existen los que simplemente buscan la delicia culinaria y también aquellos con espíritu de descubrir. Unos terrenos a más de mil quinientos metros, una orografía quebrada y un suelo excepcional, da alimento a variedades excepcionales de boletus y níscalos. Pueden fotografiarse las amanitas muscarias y toda una colección de «coliflores», conocidas en la zona como «crestas de gallo». Hay que cuidarse bien de las blanquinosas pues esas especies son difíciles de distinguir y comestibles y venenosas pueden fácilmente mezclarse.

El Brezal es, en fin, un paraje único que invita siempre a su paseo, su disfrute y su estudio.

Boletus edulis.